

HISTÉRICAS Y CIENTÍFICOS LOCOS: LAS TARDES DEL SANATORIO (1909) DE SILVIO KOSSTI

Alba del POZO GARCÍA*
Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN: Este artículo examina algunos textos del volumen *Las tardes del sanatorio*, publicado originalmente en 1909 y firmado por *Silvio Kossti*, pseudónimo de Manuel Bescós Almúdevar. Con ello se pretende arrojar algo de luz a una obra instalada en un olvido crítico generalizado que, sin embargo, muestra a la perfección el clima de crisis finisecular sobre la estética y los discursos médicos del período. Para ello se analizan algunos de los relatos que componen el volumen misceláneo procurando contextualizar el texto en el imaginario cultural de la época y revisando la categoría de rareza literaria en la que podría incluirse. Se atenderá brevemente a la figura autorial de Bescós y a la paradójica parodia que algunos de los cuentos realizan sobre las nociones de discurso científico, género y enfermedad.

PALABRAS CLAVE: Silvio Kossti (Manuel Bescós Almudévar). Fin de siglo. Literatura aragonesa. Discurso médico. Género.

ABSTRACT: This article examines some texts from the book *Las tardes del sanatorio*, originally published in 1909 and written by Silvio Kossti, a pseudonym of Manuel Bescós Almúdevar. It tries to shed some light on a book that has generally been left in oblivion, which, however, perfectly demonstrates the crisis of despair of fin-de-siècle regarding aesthetics and the medical discourse of the period. Some of the tales included in the volume are analyzed trying to put the text into the cultural context of the period and revising the rareness of this piece of work and which literary category it could be included in. It briefly analyzes Bescós' authorship and the paradoxical parody of that some of the tales make about the notions regarding scientific discourse, sexual gender and disease.

KEYWORDS: Silvio Kossti (Manuel Bescós Almudévar). Fin-de-siècle. Aragonese literature. Medical discourse. Gender.

RÉSUMÉ : Cet article examine certains textes de l'œuvre *Las tardes del sanatorio*, dont la première publication a eu lieu en 1909 et est signée par *Silvio Kossti*, pseudonyme de Manuel Bescós Almúdevar. L'on espère ainsi faire un peu de lumière sur une œuvre installée dans

* a.delpozo9@gmail.com

un oubli critique généralisé qui, cependant, montre à la perfection le climat de crise de fin de siècle concernant l'esthétique et les discours médicaux de l'époque. Pour ce faire, l'on analyse certains des récits qui composent l'œuvre de mélange littéraire et scientifique en essayant de contextualiser le texte dans l'imaginaire culturel de l'époque, et en vérifiant la catégorie de rareté littéraire de laquelle il pourrait faire partie. L'on étudiera brièvement le personnage d'auteur de Bescós et la paradoxale parodie que certains des contes réalisent sur les notions de discours scientifique, de genre sexuel et de maladie.

MOTS CLÉS : Silvio Kossti (Manuel Bescós Almudévar). Fin de siècle. Littérature aragonaise. Discours médical. Genre.

En 1909 se publica en Madrid un volumen titulado *Las tardes del sanatorio* y firmado por un tal Silvio Kossti, detrás del cual se escondía una personalidad del regeneracionismo aragonés como fue Manuel Bescós Almudévar. Se trata de una obra que tiene ganada a pulso la entrada en la sospechosa categoría de textos raros y olvidados:¹ organizada en una estructura de cajas chinas, un narrador relata su estancia en un anónimo sanatorio incluyendo su operación, los cuidados posoperatorios y los efectos del cloroformo. Asimismo, la convalecencia es aprovechada para ir intercalando relatos de distinta naturaleza y extensión, entre los que se incluyen anécdotas, cuentos, diálogos filosóficos y poemas referidos por los propios médicos o por otros pacientes del lugar. La obrita, por lo tanto, responde a una voluntad miscelánea, en el sentido más clásico del término, vehiculada por el sanatorio como espacio narrativo y por una inquebrantable y paradójica fe positivista. De hecho, el primer relato se abre con una dedicatoria «A la buena y perdurable memoria de Sir Charles Robert Darwin en el centenario de su nacimiento» (Kossti, 1981: 53),² para proseguir en el prefacio con una enumeración de eminencias científicas cuyo conocimiento se recomienda al lector para una comprensión adecuada del texto:

Tú, lector, discreto y prudente, no tomarás ninguna determinación antes de haber leído y meditado atentamente la enorme labor científica de Carlos R. Darwin, Herbert Spencer, Ernesto Haeckel y Pedro Kropotkine, entre otros esclarecidos varones. [...] como contera o remate digno de tan provechosas lecciones, deberás conocer las novísimas teorías y brillantes puntos de vista de Pasteur, Charcot y su discípulo Pierre Janet [...].

¹ Sobre esta etiqueta véase Alonso (2008), que, además de hacer un repaso de sus usos críticos, señala que la expresión ha llegado a fijarse como una convención que, paradójicamente, mantiene cierta entidad canónica para señalar a los autores fuera del canon: «Ante el elevado número de irredentos, la categoría de "raros y olvidados" subsiste como un extraño grupo canónico de nómina imprecisa y rasgos variados, convertida en una especie de cárcel provisional, a tenor de las posibles revisiones históricas o críticas que se producen azarosamente» (Alonso, 2008: 11). De igual modo, remito a la introducción de Mainer a la edición del texto, que rechaza la inclusión de Kossti en ese grupo como una simplificación: «es una tentación considerar [...] el presente libro como una ofrenda más a la galería de "raros y curiosos" que hace tiempo han segregado los malos usos clasificatorios de la literatura de fin de siglo. Pero este marbete es solamente un *tic* de bibliófilos, cuando no un fácil señuelo editorial o, lo que es peor, el resultado de la perplejidad del crítico. Porque [...] el mundo imaginativo de Silvio Kossti es el de su tiempo y quizá mejor el que ya se apuntaba hace veinte o treinta años antes de 1909» (Mainer, 1981: 21).

² Todas las citas del texto estudiado están extraídas de la edición de 1981, por lo que en adelante se indicarán únicamente los números de las páginas correspondientes.

Solo entonces pondrás las cosas en su justo término y medida, si consideras como yo que tres cuartas partes de la luz que ilumina como día clarísimo las reconditeces de la mal llamada metafísica nos viene de los médicos. (pp. 48-49)

Tal declaración de intenciones viene acompañada de la propia posición pública de la figura autorial que se esconde tras el pseudónimo: Manuel Bescós Almúdevar fue uno de los discípulos más fieles de Joaquín Costa, participante activo en el regeneracionismo aragonés (Mainer, 1981).³ Debido a su anticlericalismo y su cientifismo radical, el texto de *Las tardes del sanatorio* sería, además, reprobado por el obispo de Huesca, el de Jaca y el arzobispo de Zaragoza (Mainer, 1981: 23; Nuño, 1986: 62). El problema y la gran atracción del texto de Kossti residen en que hacia 1909 los discursos de verdad habían tomado extraños derroteros en los que el experimentalismo se mezclaba con el espiritismo y el hipnotismo, imbricados en las ansiedades modernas en torno a la diferencia: *Las tardes del sanatorio* muestra de una forma tan exagerada los excesos de la ciencia que podría leerse incluso como una parodia de sus tópicos más recurrentes.

El primer cuento resulta a este propósito un ejemplo paradigmático protagonizado por un científico loco, figura cuya presencia se dispara en la producción cultural del fin del siglo y que acusa la crisis científica a la que me refiero.⁴ Aunque este personaje va apareciendo a lo largo de todo el XIX hasta fijarse gracias al cine en el XX, su presencia en los textos del fin de la centuria no solo puede leerse como parte de una tradición literaria mayor, sino que, a mi juicio, apunta a una serie de cuestiones específicas sobre el período y las tensiones que lo gobiernan.

«El Pitecanthropos» —así se titula el relato— es la historia del ficticio antropólogo Cornelius Korner, quien decide hipnotizar a su mujer para que se quede embarazada de un orangután con el objetivo de encontrar la prueba definitiva de las teorías de Darwin. El disparatado argumento no solo sustituye la narración científica por un cuadro pornográfico (Mainer, 1981: 22), sino que, al llevar los propósitos científicos de Korner al extremo, desvela también la dimensión cultural y subjetiva de estos.

De entrada, Cornelius Korner socava la distinción entre la mirada racional y el paciente loco, sobre la que se sustenta todo el sistema de saber disciplinario de la medicina: en un principio es presentado como un antropólogo eminente, tratado con honores en su país natal; sin embargo, un día concibe la idea de un cruce entre seres humanos y homínidos, que se revela según el propio narrador como una «idea

³ Después de *Las tardes del sanatorio* aparecerían *La gran guerra* (1917) y un libro de *Epigramas* (1920), además de numerosos artículos en prensa. Póstumamente se publicó también su epistolario con Joaquín Costa. Aparte de las del citado Mainer, las referencias críticas a Kossti son más bien escasas: se limitan, hasta donde he podido encontrar, a los trabajos de Nuño (1983 y 1986).

⁴ Véanse al respecto los trabajos de Cardwell (1995 y 1998) y Clúa (2009) dentro del ámbito hispánico. Para una revisión más general sobre la ciencia, la ética y su relación con la figura del médico loco remito a Toumey (1992).

fija u obcecante, de vesania al fin» (p. 66). Ese cruce entre especies, además, se realizará entre un orangután propiedad del científico y su propia esposa: «tremendo sacrificio de su honor conyugal, que había de serle pasaporte y entrada a la inmarcesible altura de los héroes» (p. 72). Por un lado, al convertir su honor de marido en un «sacrificio» en aras de la ciencia, Korner pone en evidencia su propia posición en la red de conocimiento que dice estudiar; por otro, el ofrecimiento de su mujer permite al narrador relatar una serie de escenas erótico-científicas protagonizadas por la bella esposa de Korner, «la niña Zoe, dulce y elegantísima criolla, que había sabido abusar del poder hipnótico y sugestionador de sus ojos negros, obteniendo del buen Cornelius el puesto de legítima esposa» (p. 61). La locura de Korner, además, no solo diluye los límites entre sujeto y objeto del discurso clínico, sino que, al incluir a su mujer en el proyecto, se convierte en un relato de adulterio —aunque no será el previsto por Korner— que pone en evidencia la institución del matrimonio burgués:

El adulterio femenino sirve de metáfora de las ansiedades colectivas de una sociedad en una época caracterizada por el derrumbamiento de límites y fronteras, de estructuras y categorías conocidas: en particular, las ansiedades en torno al sexo y el capital, y su relación con el contrato social del matrimonio. (Tsuchiya, 2000: 435)

Para lograr que su esposa acceda a sus descabellados proyectos, el marido decide emplear el hipnotismo.⁵ Las técnicas de hipnosis, situadas entre la legitimidad científica y el espectáculo de feria, resumen a la perfección las fantasías más recurrentes del discurso científico en torno al deseo y el dominio de la feminidad, pero también la relación de la medicina con el espectáculo. Por una parte, la fantasía de controlar el cuerpo de la mujer como si de una autómatas se tratase era demasiado tentadora para limitarla al ámbito de la psiquiatría; por otra, la hipnosis funcionaba también como una exhibición que iba más allá de la consulta del médico. La respuesta de Zoe ante la propuesta de hipnotizarla de Korner indica precisamente la popularización a la que me refiero: «Hipnotismos, ¿eh? ¡Qué esperanza! ¿Pero es, señor sabio, que piensa usted dedicarme a pelandusca de feria para adivinar el pensamiento del respetable público?» (p. 72). Resulta significativo que sea Zoe quien relacione la hipnosis con el espectáculo feriante, vinculado a la subjetividad y a la cultura popular, mientras que Korner, en cambio, acude a la asesoría de los grandes

⁵ Al igual que ocurrió con la fijación de las metáforas más populares de la histeria, fue Charcot, con la ayuda de Pierre Janet, quien sistematizó a partir de la década de los ochenta el uso de la hipnosis con fines médicos en el hospital de la Salpêtrière. Eso le valdría las críticas de Hyppolite Bernheim, otro de los grandes teóricos en torno a la hipnosis. El enfrentamiento entre ellos se conoce en la historia de la psiquiatría por la polémica entre la escuela de Nancy (Bernheim) y la de París (Charcot). La divergencia radica en que para Charcot la sugestión era únicamente aplicable sobre individuos histéricos; según Bernheim, en cambio, era un ejercicio que se podía realizar con el entrenamiento adecuado sobre cualquier sujeto predispuesto. Véase al respecto López Piñero y Morales (1970), especialmente los capítulos 9, 10 y 11, dedicados a Charcot, a la escuela de Nancy y al choque entre ambos. Más allá de estos debates, textos como el de Kosti muestran que la hipnosis había traspasado el ámbito de la Salpêtrière y los debates especializados y formaba parte de cualquier espectáculo ambulante que se preciase, ya que Korner acude tanto a Charcot como a Janet para cumplir sus objetivos, sin que parezca mediar conflicto ni polémica ninguna.

nombres científicos del momento, que le permite lograr el objetivo de tener a la criolla bajo su control total.

Para tal empresa echó mano el doctor de los consejos y lecciones de su colega y amigo el ilustre Charcot de la Salpêtrière, así como de los tratadistas en la materia, Pierre Janet e Ingegneros [sic], y los no menos sabios profesores de la Escuela de Nancy.

Poco a poco, con paciencia y perseverancia, fue adueñándose de aquella mentalidad ligera y versátil, que acabó por plegarse dócil a todas las sugerencias, de tal modo que ya bastaba una simple orden del doctor [...] para provocar en Zoe el sueño hipnótico. Desdoblábase entonces su personalidad y en estado de sonambulismo caminaba, lloraba, reía o gozaba, según era la voluntad del doctor, su dueño. (p. 76)

Kossti da en este relato otra vuelta de tuerca a la conversión de la feminidad en el cuerpo autómatas y vacío que prometía la hipnosis, uniendo de forma explícita la sexualidad al interés científico. El momento clave se desarrolla a la hora de entregar a la joven al homínido, cuando el experimento científico se transmuta en una escena de erotismo que Korner conduce como maestro de ceremonias. Además del acto de zoofilia, el espacio se convierte en un erótico *boudoir* adornado con flores en el que el antropólogo recita poemas eróticos para excitar la sensibilidad de su esposa. Finalmente, la escena se narra con pocas sutilezas: «Por tres veces cabalgó Moritz a la hermosa Zoe en bestial ayuntamiento. Con poderoso abrazo ceñía aquel cuerpo de diosa, clavando en su carne tibia y aromada las groseras zarpas» (pp. 84-85). Sin embargo, el experimento terminará, como era de esperar, en el más estrepitoso de los fracasos, al introducirse un cuarto elemento en discordia: el criado de la pareja, el negro John. Zoe finalmente se queda embarazada y la criatura que da a luz no es la que Korner espera:

Mirábalo el sabio y no quería dar crédito a sus ojos; aquello no era el *Pithecanthropos*, ni *cynopitheco*, ni *prosimiano*, ni ese era el camino. [...] No había duda, el tal mamoncillo era un mulato de crespas pelambre, cuyos rasgos fisonómicos recordaban terriblemente al criado John. (p. 101)

El fracaso del experimento de Korner apunta varias cuestiones sobre los excesos, los límites y el fracaso del discurso positivista. El hipnotismo, que prometía el dominio absoluto sobre el cuerpo de la mujer, termina resultando menos exitoso de lo que se esperaba. A pesar de que Zoe se entrega a Moritz y parece estar a lo largo de todo el relato bajo el control de su marido, queda más de un resquicio para la autonomía sexual de la joven, que no solo desemboca en una infidelidad, sino que además da al traste con todo el experimento.

Asimismo, conviene notar el paralelismo que se establece entre la feminidad doblemente primitiva —por mujer y por criolla— de Zoe, el criado John y el orangután: animalidad, género y raza se equiparan como tres marcas corporales situadas en la esfera de una naturaleza atávica y sexualizada, en apariencia domesticable y clasificable (Gilman, 1985). Al fin y al cabo, los tres personajes están sometidos a la autoridad blanca y masculina de Korner. La constitución misma del experimento y sus fallidas consecuencias revelan, con bastante ironía, esta conexión, al emparejar a Zoe con el orangután primero y luego con John. Sin embargo, la posición jerárquicamente

superior que debería ocupar Korner, encarnando las marcas de civilización, racionalismo y masculinidad frente a los tres personajes salvajes e irracionales, se colapsa con el adulterio y el fracaso del experimento.

Obviamente, para los parámetros racistas del discurso científico, que sea el negro John y no el orangután el amante de Zoe no plantea demasiadas diferencias. Sin embargo, que el engaño venga por parte de la criolla problematiza las fantasías de dominio que prometía la psiquiatría, además de poner en evidencia la dimensión cultural, y sobre todo sexual, de la objetividad con la que se legitima la mirada científica. Por un lado, se muestra cómo el aséptico observador del método experimental no queda fuera del discurso, sino que está insertado en él a través de relaciones de deseo, dominio, género y raza. Por otra parte, si en un principio la hipnosis volvía a marcar a un lado la racionalidad masculina del hipnotizador y al otro la volatilidad del cuerpo femenino, este relato invierte los papeles, al convertir al doctor en el auténtico loco frente a una Zoe que se revela como el agente de una sexualidad que en principio parecía dirigir su marido. El proyecto científico queda truncado, ya que, en vez de descubrir el eslabón perdido de la evolución, lo que descubre Korner es un adulterio.

Esta fábula es el primero de otros relatos que el narrador de *Las tardes del sanatorio* va ensartando desde su convalecencia. Debido a su variedad y su gran número, resulta imposible detenerse a analizarlos uno por uno, aunque convendría mencionar al menos otros dos que muestran las paradojas establecidas entre el discurso médico y el género.

Otra de las anécdotas incluidas en el volumen refiere la visita a la clínica de un matrimonio con el propósito de realizar una ovariectomía a la mujer. A pesar de que se trataba de una práctica poco extendida en España, aplicada sobre desórdenes histéricos,⁶ el motivo de la visita no es la histeria, sino el deseo de no tener hijos. No obstante, el doctor, fiel guardián de las esencias femeninas, advertirá a la pareja de los riesgos: «todos los caracteres esencialmente femeninos que admiramos y veneramos en la mujer, todo depende del *ovario*. Extírpese el ovario y la *virago* aparecerá en toda su horrible imperfección» (p. 106). La anécdota pone de relieve la ansiedad finisecular por la desestabilización de los límites del sistema de sexos binario: en consonancia con el despliegue discursivo de la diferencia anatómica, los miedos del prudente doctor señalan de nuevo la inscripción del género en el aparato genital, pero también su debilidad, ya que la feminidad puede ser manipulada por vía quirúrgica. Asimismo, indican también la configuración imposible de la feminidad normativa: si se extirpa el ovario, aparece la temida mujer masculinizada, pero a su vez el ovario suele ser el centro de la potencial inclinación a la histeria de la mayoría de

⁶ Sobre la ovariectomía, la histerectomía y la clitoridectomía como tratamientos psiquiátricos véase Showalter (1990: 75-78) y Mason (1986 y 1990). Este último señala, además, que algunos médicos llegaban a recomendar la operación como método preventivo ante posibles desórdenes mentales femeninos. Acerca de la aplicación de la ovariectomía en España véase López Piñero y Morales (1970: 64-85) y Jiménez y Ruiz (1997: 278-280).

las mujeres. El relato, además, da otra vuelta de tuerca a la cuestión. Frente a los oídos sordos de la pareja ante las advertencias de masculinización, el doctor emplea otra estrategia y ofrece la esterilización al marido en lugar de a su mujer, disipando con ello cualquier propósito de intervención quirúrgica. De este modo, aunque en un principio se ilustra cómo el discurso médico debe mantener el ideal de feminidad biológica, el relato deriva hacia la revisión de una masculinidad que también se revela amenazada, dependiente de un aparato genital que puede ser extirpado. La anécdota, marginal en el conjunto de *Las tardes del sanatorio*, resulta sintomática por el potencial de significado que encierra. Por una parte, el médico se erige, como es habitual, en custodio de la división sexual, pero, por otra, se hace patente que la amenaza de la masculinización o la feminización se genera en el propio seno de las tecnologías médicas, que además parece preferir al hombre castrado antes que a la temida virago. Asoma, en el trasfondo de la anécdota, la amenaza de desestabilización de los géneros, que el discurso médico debía a toda costa evitar. Aunque la peligrosa virago solía ser la ansiedad más recurrente, la revisión de la feminidad implicaba también una revisión de los ideales de virilidad y hombría:

el énfasis fue siempre puesto sobre el peligro de la masculinización de las mujeres y el abandono por estas de los atributos supuestamente femeninos. El horror a la androginia tenía su origen, de hecho, en los temores relativos a los cambios en los modelos de feminidad, que amenazaban con destruir la distribución tradicional de los papeles sexuales. Lo que sucedía era que, obviamente, las ansiedades acerca de la crisis del modelo de feminidad tradicional eran indisolubles de una profunda inquietud relativa al ideal de masculinidad. (Aresti, 2001: 102)

Para conjugar estos miedos, el conjunto de relatos se cierra con una «obra quirúrgica en dos actos, de los cuales uno operatorio» (p. 149). Se trata de una obra teatral de corte científico sostenido sobre tres pilares conceptuales: el histerismo como infección del alma que se cura a través de la sesión hipnótica, la exhibición escopofílica del cuerpo en la mesa de operaciones y, finalmente, la imposibilidad del éxito en la curación. La acción pone en escena una lección médica que un viejo doctor da a sus alumnos, en la que el maestro rememora un caso de histerismo. Su protagonista es la ucraniana Katuscha Borodine, apodada *la Maslowa* por los propios médicos a partir de la personalidad alternativa que revela en las sesiones de hipnosis y cuya identidad resulta más atrayente que su estado consciente habitual:

Había un indudable desdoblamiento de la personalidad, y esta segunda por atrayente y misteriosa borró en nosotros la primera y fue en adelante *la Maslowa*, pues que en esta inmortal pelandusca tolstoyana había cristalizado su personalidad segunda. (p. 159)

Conviene hacer una breve mención a la dimensión teatral de esta doble identidad, originada ya en los procedimientos del hospital de la Salpêtrière, en los que se asumía la posibilidad de vaciar el cuerpo histérico de su contenido habitual y rellenarlo con personalidades más atrayentes. De hecho, para sus exhibiciones públicas y privadas Charcot tenía seleccionado un elenco de histéricas a las que se hacía actuar, bajo trance hipnótico, como actrices que interpretaban distintos papeles. Como venía siendo habitual en los propios textos médicos, casi todo el relato va encaminado a

producir una feminidad artificial mediante hipnosis, plegada a los deseos y las fantasías de los doctores, pero que a su vez exhiba una sexualidad atrayente a la mirada médica. En última instancia, el objetivo final termina siendo el de poder mostrar la belleza de una feminidad bajo control.

De entrada, aunque el intertexto de Charcot y Janet está presente en todos los actos de esta peculiar obra de teatro, el doctor caracteriza a la joven desde la representación pictórica y no desde la psiquiatría:

Cuando visiten el Museo Nacional, arriba en la Sala de Tiziano, [...] se ve un cuadro que representa una especie de bacanal campestre. Es *La ofrenda a la fecundidad*, motivando la obra maestra de una mujer desnuda y durmiendo, que es el retrato fiel de *la Maslowa*. (p. 157)

El doctor está haciendo referencia a *La bacanal de los andrios* (Tiziano, h. 1523): en la esquina inferior derecha de la imagen aparece, como señala el texto, una mujer desnuda y reclinada hacia el espectador. La configuración de la joven desde el ámbito pictórico del desnudo clásico apunta a la reconversión narrativa del caso clínico en una estructura destinada a desnudar —más allá de la piel, puesto que será abierta y expuesta en el quirófano— a la histérica.

En la primera visita de la Maslowa a la clínica, la terapia hipnótica es todo un éxito: la joven se cura y regresa a su país, resultado que motiva un monólogo del doctor acerca de la naturaleza de la histeria, que compara con un caso de extirpación tumoral:

Histerismo es la miseria mental, roña del cerebro [...]. Estos mis dos éxitos de no intervención son en un todo semejantes: miseria y roña del cuerpo en el uno y de la mente en la otra. Para curarles nos ha bastado desalojar los parásitos que Juan había criado en los músculos rectos y desarraigar en *la Maslowa* las ideas parásitas de impotencia muscular y de herida.

En resumen, dos casos de parasitismo: muscular y mental, y dos procesos de limpieza. (p. 161)

En este caso, y a diferencia de lo que sucede en el relato de Korner, el proceso «de limpieza» que propone el médico a través de la hipnosis tiene un éxito absoluto; Maslowa volverá años después a la consulta para someterse a una operación de apendicitis en estado de completa docilidad: «Doctor, a usted me entrego, usted hienda y raje a su sabor» (p. 162). La succulenta oferta de la joven no será rechazada: a continuación es preparada en el quirófano, lo que da lugar al segundo acto, en el que se narra una operación que sale mal y acaba con la vida de la paciente. En esta última parte se pone de relieve cómo la sala de operaciones se estructura igual que un teatro: la Maslowa hace su entrada triunfal sedada, es colocada sobre la mesa de operaciones y da paso al inicio del espectáculo, con una serie de acotaciones que van especificando la reacción del público:

El doctor Primrose levanta el cendal que cubre el cuerpo de La Maslowa, que queda desnudo del pubis arriba, y el doctor Waden-Goertz limita la región operatoria con servilletas que sujeta a la carne con pinzas, según la técnica operatoria. Al quedar desnudo

y a la vista el espléndido cuerpo de La Maslowa, que recuerda la Venus de Milo por la posición en que queda el cendal, el Coronel cala su monóculo en actitud de sátiro que ventea la codiciada ninfa. (p. 173)

Al igual que en el cuadro de Von Max *El anatomista* (*Der Anatom*, 1869), en el que se representa a un médico forense preparado para levantar la sábana que cubre un cadáver femenino, los doctores realizan el mismo gesto de desvelamiento con el cendal que cubre a la Maslowa. En este caso, y aunque las diferencias son escasas, asistimos a una vivisección en lugar de a una autopsia, organizada según los parámetros de desvelamiento y desnudez del cuerpo. La reacción del coronel es tan evidente que no creo que sea necesario explicitar una vez más cómo la escena muestra las relaciones de deseo y dominio que articulan la mirada médica. Hacia 1909, además, la imagen de la bella postrada, muerta o en la sala de operaciones ya se había configurado como un tema pictórico específico (Jordanova, 1989: 98) e incluso como un cliché iconográfico (Bronfen, 1992: 3) convertido en pretexto para exhibir desnudos. De hecho, la escena del quirófano no deja de ser el antecedente de la sala de autopsias, ya que la joven termina falleciendo al no responder a la anestesia por culpa de su condición histérica. El escalpelo del cirujano actúa, además, del mismo modo que el del anatomista de Von Max: después de levantar la sábana, es la piel lo que hay que retirar, a fin de penetrar —con la obvia connotación fálica que ello supone— en el cuerpo de la joven. Tras unos minutos de intervención, la Maslowa muere en plena exposición de sus órganos vitales:

El doctor Primrose, con el dedo pulgar e índice, traza cuidadosamente los cortes ideales, y a continuación el Príncipe realiza el trazo abriendo el vientre con el bisturí. La enferma da un grito de angustia que se prolonga ahogándose en sollozos. (p. 173)

La colección de relatos de Kossti incluye otras anécdotas que serían igualmente interesantes de analizar, como una operación explicada desde el punto de vista del propio narrador enfermo, el debate filosófico-matemático sobre los límites del conocimiento entre varios pacientes que discuten o el relato sobre un misterioso enmascarado que acude a hacerse una «ablación testifical» (p. 117), por citar los más significativos. En todos los casos la narración se sustenta sobre una fe científica que, como muestra una lectura atenta, termina siendo puesta en cuestión. Así, a pesar de las dedicatorias a Darwin, el marco de conocimiento sobre el que se asientan los textos pone en evidencia su propia crisis: la hipnosis fallida, los experimentos zoofílicos, la amenazante virago y la exposición de la hermosa Maslowa apuntan directamente a la desestabilización de una serie de límites como el que separa al médico del enfermo, la masculinidad de la feminidad y la objetividad científica de la subjetividad.

El interés de la obra de Kossti radica, por lo tanto, en articularse en el limbo de los libros desconocidos que, sin embargo, trazan una fotografía cristalina de las tensiones que gobiernan el período. En primer lugar, la presencia del discurso médico resulta indiscutible no solo en el aspecto anecdótico, sino también en el estructural, ya que el punto de vista narrativo de los relatos les debe mucho a los modos de ver y relatar el cuerpo del paradigma científico. En segundo lugar, se detecta una fe

clara e inquebrantable en las maravillas del positivismo científico. Sin embargo, el cientifismo queda puesto en evidencia de distintos modos, ya que Kossti lleva los propósitos científicos hasta unos límites que los desbordan. De este modo, los relatos muestran cómo, más que una evolución cronológica del positivismo hacia sus crisis, el fin de siglo se configura como un período complejo en el que conviven, en tensión, distintas estructuras de conocimiento sobre lo real en las que se ponen en juego los dispositivos del poder.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Cecilio (2008), «Sobre la categoría canónica de “raros y olvidados”», *Anales de Literatura Española*, 20, pp. 11-38.
- Aresti, Nerea (2001), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XIX*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Bronfen, Elisabeth (1992), *Over her Dead Body: Death, Femininity and the Aesthetic*, Mánchester, Manchester UP.
- Cardwell, Richard (1995), «Médicos chiflados: medicina y literatura en la España de fin de siglo», *Siglo Diecinueve*, 1, pp. 91-116.
- (1998), «Los raros de Rubén Darío y los médicos chiflados finiseculares», en Cristóbal Cuevas y Enrique Baena (coords.), *Rubén Darío y el arte de la prosa: ensayos, retratos y alegorías*, Málaga, Congreso de Literatura Española Contemporánea, pp. 55-78.
- Clúa, Isabel (2009), «La morbidez de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo», *Frenia*, 9 (1), pp. 33-51.
- Gilman, Sander (1985), *Difference and Pathology: Stereotypes of Sexuality, Race and Madness*, Ithaca, Cornell UP.
- Jiménez, Isabel, y M.ª José Ruiz (1997), «El discurso de género en los órganos de expresión de la psiquiatría española del cambio de siglo», en *La locura y sus instituciones: actas de las II Jornadas de Historia de la Psiquiatría*, Valencia, Diputación de Valencia, pp. 267-280.
- Jordanova, Ludmilla (1989), *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between the Eighteenth and Twentieth Centuries*, Wisconsin, Wisconsin UP.
- Kossti, Silvio [Manuel Bescós Almudévar] (1981), *Las tardes del sanatorio*, ed. de José-Carlos Mainer, Zaragoza, Guara (1.ª ed., Madrid, Tipogr. de Blasco, 1909).
- López Piñero, José M.ª, y José M.ª Morales (1970), *Neurosis y psicoterapia: un estudio histórico*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Mainer, José-Carlos (1981), «Introducción», en Kossti (1981), pp. 9-23.
- Mason, Jeffrey M. (1986), *A Dark Science: Women, Sexuality and Psychiatry in the Nineteenth Century*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux.
- (1990), *Against Therapy*, Londres, Fontana.
- Nueno, Carmen (1983), «Los artículos periodísticos de M. Bescós (Silvio Kossti)», *Argensola*, 95, pp. 17-34.
- (1986), «Aproximación a la vida y obra de Manuel Bescós (Silvio Kossti)», en M.ª Luisa Atarés et alii (eds.), *Homenaje a José Manuel Blecua*, Huesca, IEA, pp. 57-68.
- Showalter, Elaine (1990), *Sexual Anarchy: Gender and Culture at the Fin de Siècle*, Londres / Nueva York, Penguin.
- Toumey, Christopher (1992), «The moral character of mad scientists: a cultural critique of science», *Science, Technology, & Human Values*, 17 (4), pp. 411-437.
- Tsuchiya, Akiko (2000), «El adulterio y deseo homosocial en *Realidad* de Galdós», en Florencio Sevilla y Carlos Alvar (coords.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid 6-11 de julio de 1998)*, 4 vols., Madrid, Castalia, vol. 2, pp. 434-440.